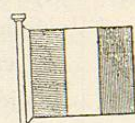
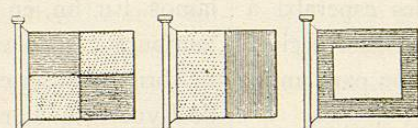


bien determinado. La profunda indignación que se sintió en Francia, al saber que había franceses que habían ayudado á consumir la ruína de Missolonghi, con cañones comprados á Francia, dió desde luego un estimulante muy enérgico á la acción del Comité, porque el sentimiento del honor nacional quedó profundamente herido.

»De entre los miembros del Comité que tenían asiento en las Cámaras, Chateaubriand, en la Cámara de los Pares dió una fórmula á esta disposición de los espíritus aun antes de la caída de Missolonghi. Efectivamente, á pesar de la oposición del ministro de justicia, obtuvo que se votase una proposición,—13 de Marzo,—relativa á un proyecto de ley «concerniente al castigo de los crímenes come-



Bandera de Francia



Banderas de las colonias francesas

»Para conjurar esas tempestades, el ministro de Hacienda se decidió á hacer concesiones á esa agitación siempre creciente, declarando, que la «actitud prudente de los gabinetes de Europa daba lugar á esperar que muy pronto se pondría término á las desgracias de Grecia por una pacificación, pues los gobiernos de Europa no eran tan indiferentes por lo que pasaba como parecía que creían los oradores de la oposición.

»Merced á esos indicios, que anunciaban una cierta inteligencia entre el gobierno francés y la coalición formada por Rusia é Inglaterra, la asociación filohelénica se propuso, como fin principal de sus esfuerzos, prolongar la existencia de la nación griega por medio de las ofrendas de los pueblos. Los socorros deberían continuarse hasta tanto que la alta política, con su corazón de piedra, se cansase del espectáculo que ofrecía esta larga lucha sangrienta y esas víctimas palpitantes, y hasta que la diplomacia, á pesar de su pesado movimiento, llegase, por medio de sus negociaciones, á imprimir una tregua á los partidos beligerantes, viniendo en auxilio de la esquilmada Grecia.

»La asociación filohelénica al tomar esa resolu-

»tidos por los franceses en levante,» proposición que tenía por objeto prohibir á los súbditos franceses el fletar sus buques para el transporte de los griegos reducidos á esclavitud por los egipcios.

»Después de la caída de Missolonghi, Alexis de Noailles propuso,—23 de Mayo,—que se pusiera á disposición de los cónsules franceses un crédito de trescientos mil francos para el rescate de los esclavos cristianos. B. Constant preguntó,—5 de Junio,—con gran energía, al ministro de la Guerra, «si entre los oficiales franceses, que en común con las hordas egipcias, habían metido sus manos en la sangre de los defensores de Missolonghi, si continuaban todavía inscritos en los cuadros de oficiales del ejército francés, y si cobraban aún sus sueldos.

ción, continuaba como antes, alejada de toda mezuina rivalidad con las demás naciones. La catástrofe de Missolonghi había inspirado á Eynard una profunda aversión por la política inglesa, que no había enviado sus buques de las islas Jónicas á Missolonghi, para forzar el bloqueo y para llevar víveres á los sitiados, cuando morían de hambre. «Si yo me hubiese encontrado en el puesto del gobernador, decía Eynard, hubiera obrado de otra manera, aun cuando hubiese debido morir en el cadalso.» Cuando un año después, encontrábase en la misma Inglaterra, se sentía exasperado al ver la frialdad que continuaba demostrando, por la causa de los griegos, ese pueblo que era el único en cerrar su corazón al movimiento de los espíritus y á ese entusiasmo con que la humanidad protestaba contra la insensibilidad indiferente de la política.

»Y sin embargo, era á esa misma Inglaterra á quien la Grecia había querido someterse el año anterior, por esa Acta de protectorado de la que hemos hablado más arriba, y era todavía de ella de quien los helenos, en medio de las circunstancias actuales, imploraban la mediación. Esto era someter á una ruda prueba el sentimiento que tenían los

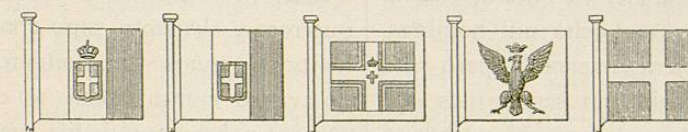
franceses de su propia dignidad. Sin embargo, aún ahora, como el precedente año, el Comité no permitió que esas consideraciones enfriasen esas simpatías filohelénicas, ni que fuera causa de introducir la división entre los miembros de ese partido.»

Grecia acabó al fin por abrir los ojos y ver que la única mano que generosamente se abría para ella era la del Comité de París, que no prestaba sino que daba sin intereses, así se dispuso que la comisión permanente de la Asamblea nacional se pusiera en contacto con el Comité de París y con Eynard á cuya actividad, celo é inteligencia jamás Grecia

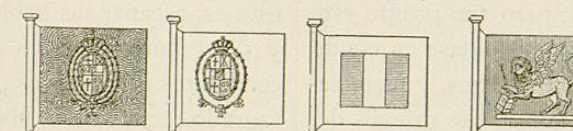
pudo poner á igual altura su reconocimiento, pues en el envío de víveres, municiones y metálico, obró con una energía y con una escrupulosidad que hacen de Eynard una figura tan simpática como la de lord Byron.

Al cerrar ese terrible año de 1826, Eynard publicó una Memoria de las operaciones propias del Comité de París, resultando que éste desde su formación había recogido dos millones y medio de francos, y que durante aquel año había enviado á Grecia Continental por su propia cuenta y por la cuenta de Suiza y Alemania, setenta y tres mil cua-

BANDERAS DE ITALIA

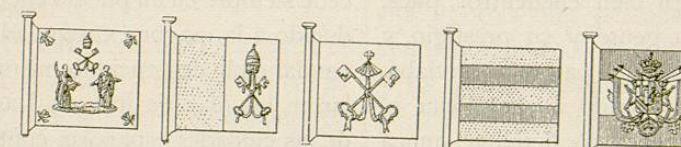


Banderas del reino de Cerdeña



Banderas de las dos Sicilias

Lombardo Veneto



Banderas de los Estados Pontificios

Lucca

Toscana

trocientos quintales de víveres, amén de los que se habían enviado á la escuadra griega, y además mil doscientos quintales de plomo. Eynard terminaba pidiendo que se organizara una suscripción permanente á cuota fija mensual para poder regularizar los envíos y distribuirlos con eficacia y así se hizo, suscribiéndose lo mismo las grandes familias de Francia que los más modestos artesanos.

«Esta nueva cruzada, emprendida por la beneficencia pública, conservó la existencia de Grecia por segunda vez... y Eynard fué profeta cuando dijo á la asociación de Munich, en la primavera de 1827, «que esperaba que no acabaría el año sin que las potencias hubiesen dado satisfacción á los deseos de los amigos de Grecia.»

Después de la caída de Missolonghi el gobierno griego todavía esperaba otra desgracia mayor, pues creía inminente el ataque de las islas que eran el alma de la insurrección marítima y no veían como salvar de su ruína lo que quedaba de la marina griega. Así haciendo todos de la necesidad virtud,

convencieron á los griegos de Spetsia de la necesidad de que abandonaran su isla y pasaran á Hydra, en donde era más fácil la defensa si sobre todo se concentraban allí todos los elementos de resistencia; lo que así se hizo, enviando además el gobierno mil voluntarios irregulares y setecientos hombres de la legión de Fabvier, quien además se comprometió á acudir en persona caso que fuese Hydra atacada, para dirigir su defensa. Pero por una de esas aberraciones que se explican por la rivalidad interna entre egipcios y turcos, y por la antipatía de los musulmanes todos por el mar, la poderosa armada turco-egipcia se separó, yéndose una parte á los Dardanelos y la otra á Alejandría para festejar sus quiméricos triunfos.

Sin embargo, cuando los isleños principiaban á respirar y á confiar, la armada turca reaparecía dividida en dos divisiones, una mandada por Chosrev y la otra por Tahir-Pachá con el propósito de siempre, de recuperar á Samos, pero la escuadra griega aunque reducida, dió constantemente caza á los ba-

jefes turcos, atacándoles donde quiera que les encontrasen, ganándose la admiración de los almirantes franceses Rigny y Guilleminot que surcaban aquellas aguas y presenciaban los combates, sin lograr empero más que hacer imposible á los turcos el recobro de Samos.

Por tierra el terrible Ibrahim-Pachá hizo una guerra desesperada de guerrillas en el Peloponeso y en la Maina, en la cual salió él y su gente tantas veces vencedor como vencido. Fué imposible emprender ninguna de las grandes operaciones que todo el mundo preveía, porque Ibrahim había sufrido grandes pérdidas, quedando sus regulares reducidos á unos tres mil hombres, y su ejército entero, descontadas sus guarniciones á siete ú ocho mil hombres. Al frente de esta fuerza era invencible, pero esta fuerza operando toda reunida no servía más que para abastecer á Tripolitsa, siempre bloqueada, ó para escarmentar á los que se proponían detenerle al llevar convoyes aquí ó allá; pero tan pronto este cuerpo de ejército se fraccionaba poníase en condiciones parecidas á las de sus enemigos, y restablecidas las probabilidades de éxito, los griegos demostraban que eran los mismos de los años en que les sonreía la fortuna. En cien encuentros, pues, Ibrahim fué debilitando su gente y su prestigio, y sin los abastecimientos que su padre le enviaba, Ibrahim hubiérase visto obligado á abandonar el Peloponeso, porque no consiguió dominar nunca más tierra que la que pisaba.

Este resultado de la campaña egipcia sorprendía á todos, pues no había quien no se prometiera grandes empresas del vencedor de Missolonghi, y cierto los capitanes griegos que con sus guerrillas le combatieron mil veces durante el verano y otoño de 1826, hicieron lo más para que Europa se convenciera de que Grecia podría ser aniquilada, pero no vencida. Sin embargo, otro hubiera sido el resultado de la campaña de Ibrahim si su padre le hubiese reforzado.

Pero Mehmet-Alí no veía claro. Estaba bastante enterado de lo que se tramaba en Europa y veía llegar el momento de la intervención de las grandes potencias, respecto de lo cual tenía profunda seguridad moral. Así no quería su previsión de lo futuro acabar de sangrar á Egipto en Grecia, llegando á creer que no era otro el pensamiento del sultán, por esto no quiso hacer más sacrificios de hombres, porque en la guerra de Grecia él quería cumplir sus compromisos de vasallo, pero nada más. Véase, pues, como cuando se podía considerar á Grecia perdida, Grecia renacía gracias al concurso de los

filohelenos, al valor de las guerrillas griegas y á los cálculos políticos del virey de Egipto. El golpe de efecto de esta campaña de verano, lo dió Rechid-Pachá.

Rechid se retiró de Missolonghi al frente de un ejército de diez mil hombres, provisto de una buena artillería, y con la ventaja de haber atraído á su servicio algunos capitanes griegos que desesperaron de la causa de su patria y que no les pesaba entrar ahora al servicio del sultán para hacerse perdonar su anterior actitud. Con estos elementos, cerró sus espaldas á los ataques de los otros guerrilleros griegos, y él invadió la Atica después de haber recobrado á Tebas,—10 de Julio.—Aquí, Rechid, mostrándose guerrero y clemente, supo congraciarse muchas voluntades y muchos descontentos, de modo que cuando avanzó contra Atenas no creyó que esta ciudad que tan pobre papel había hasta aquí representado, hiciera nada más de lo que hasta aquí había hecho, esto es, escapar sus habitantes á la isla de Salamina y dejar encerrados en el Acrópolis unos cuantos centenares de hombres para que defendieran aquel sagrado recinto de la libertad y de la independencia de la antigua Grecia. Pero ahora sucedió lo que sucede siempre en un pueblo enérgico cuando se ve reducido á la mayor extremidad, esto es, el deseo de emular en la desgracia lo mismo que se quiere emular en los días de fortuna. Las grandes resistencias de las ciudades españolas contra los napoleónicos, no tenían en el fondo otro motivo que el no querer ser los zaragozanos menos que los gerundenses, los tarraconenses menos que los zaragozanos, etc. Ahora Atenas que siempre se había visto abandonada al avanzar el turco, ahora que tan terrible había sido el fin de Missolonghi, ahora era cuando Atenas, recordando su glorioso pasado, convencida de que el desastre de ciudad tan gloriosa ó la de su inminente ruína había de agitar la opinión europea, como no lo alcanzara otra vez Missolonghi, resolvía hacer frente á Rechid Pachá para convencerle de que la caída de Missolonghi no representaba más que la caída de una ciudad, pero no la de Grecia.

Antes ya de que Rechid llegara delante de Atenas habían sus segundos establecido sus baterías contra la ciudad y la ciudadela y roto el fuego,—23 de Julio,—pero el ataque no se regularizó hasta la llegada del seraskier, que no fué sino hasta el 28 de Julio. Rechid, habiendo tenido noticias de que se trataba de reforzar la guarnición de Atenas, resolvió tomarla por asalto antes de que la gente de Eleusis llegase; y al efecto, hizo cañonear durante veinticuatro horas todas las defensas de la ciudad, guian-

do luego él mismo las columnas de asalto el día 15 de Agosto. La resistencia fué débil, porque no trataban los atenienses de enterrarse con su ciudad sino detener el mayor tiempo posible delante de sus muros á Rechid-Pachá para que no fuera de nuevo á juntarse con Ibrahim, por esto la guarnición de Atenas abandonó la ciudad y se retiró á su famosa ciudadela, al Acrópolis que tantas maravillas artísticas guardaba y guarda.

Los que marchaban en socorro de Atenas iban mandados por Karaïskakis, nombrado por el gobierno general en jefe de la Heladia Oriental, en vista de la inexplicable inacción de Gouras, y á aquel se había juntado Fabvier con novecientos veinte tácticos, que así se llamaba á los organizados á la europea, entre los que se contaban treinta filohelenos mandados por Pisa, es decir, en todo tres mil quinientos hombres que salieron el 17 de Agosto de Eleusis, yéndose á establecer cerca de Chaidari á legua y media de la ciudad, desde donde ya el día siguiente tuvieron que rechazar el ataque de los turcos, pero al ordenar Fabvier el ataque á la bayoneta descendiendo con su gente de la colina al llano, los capitanes griegos se negaron á seguirles pareciéndoles aquello por demás temerario.

Dos días después, Rechid en persona renovaba el ataque con cinco mil infantes y mil caballos. El combate fué durante el día una serie de encuentros parciales sostenidos con gran bravura por entrambos lados, pero no una batalla por más que jugaron todas las armas, por cuanto no se dibujó allí un plan de ataque ni de defensa, pero al final los griegos se quedaron en sus posiciones y esto podía contarse como una victoria. Alentados por el éxito, los jefes griegos resolvieron atacar por la noche las trincheras turcas, pero apenas iniciada la operación y sin saber cómo, se introdujo el pánico en los irregulares, que echaron á correr á la montaña, pero lo que fué peor que todo esto, es que la discordia estalló entre Fabvier y Karaïskakis que se echaban en cara mutuamente el fracaso, y en su consecuencia, se abandonó el puesto de Chaidari regresando todos á Eleusis.

Cuando esto vieron los que se habían encerrado en el Acrópolis, perdieron el ánimo y muchos se propusieron fugarse de la ciudadela, lo que realizaron algunos, en vista de lo cual Gouras hizo salir del Acrópolis á los inútiles para el servicio y además unas trescientas mujeres, quedando allí con solos ochocientos combatientes y otros ochocientos hombres útiles.

Rechid viendo no ser posible dar el asalto al Acrópolis, ni ser cosa de pocos días rendirlo por

hambre, intentó cortarle el agua, pero las felices salidas de la guarnición hacían que fracasara tal proyecto. Mas en todas esas salidas se notaba una flojedad que no permitía sacar todos los resultados que de su buen éxito podían prometerse. Esta flojedad nacía de no haberse podido detener las deserciones, y ya es sabido que nada desmoraliza tanto como esas fugas entre una guarnición sitiada; para colmo de desgracia, un día,—el 12 de Octubre,—se había hecho un reconocimiento con éxito, y al ir á entrar en la ciudadela Gouras que lo había mandado, se le ocurrió disparar una de sus pistolas contra los albaneses que merodeaban al pie del Acrópolis, que contestaron con una descarga dejándole muerto en el acto. Esta desgracia hubiera decidido de la suerte del Acrópolis desde aquel momento, si la viuda de Gouras no hubiere rehecho el ardor de los defensores, diciéndoles: «¿á qué llorar? son vuestras deserciones las que han sido causa de su muerte. Probadme vuestra compasión no mántandome también con vuestro abandono.»

Esta valerosa señora no murió por el abandono de los soldados de su marido, sino por haber caído una bomba sobre el templo de Erechtreo, en donde ella y otras diez personas habitaban, sepultándola con los escombros de su techo.

La pobre viuda de Gouras había, sin embargo, prestado con su valiente estoicismo, un gran beneficio á la defensa, pues cuantos la rodeaban le juraron por los Santos Evangelios no abandonarla, y esto fué causa de que al dirigir Rechid Pachá dos nuevos asaltos al punto fortificado que defendía la entrada de la mina del agua al Acrópolis, fueron rechazados con una valentía de la que aún no había dado ejemplo aquella guarnición, con haber sido estos ataques más enérgicos que los primeros.

Enterado Karaïskakis de la situación del Acrópolis, resolvió una operación combinada para que Kriézotis pudiera con trescientos hombres llegar á la ciudadela y encerrarse en la misma, pero si esta operación tuvo buen éxito, debióse á la casualidad, pues la rivalidad entre Fabvier y Karaïskakis dió por resultado que las operaciones del coronel francés fracasaran, pues el general en jefe se entretenía en imposibilitarlas, retirándole la gente auxiliar de donde la establecía.

Se comprende que en esta rivalidad tenía tanta parte el carácter de las tropas que mandaba Fabvier como el ser éste extranjero. Karaïskakis era un hombre de guerra de mérito. Zaimis le nombró contra toda su voluntad, pues recelaba de su lealtad, que ya en Missolonghi cuando el segundo sitio se